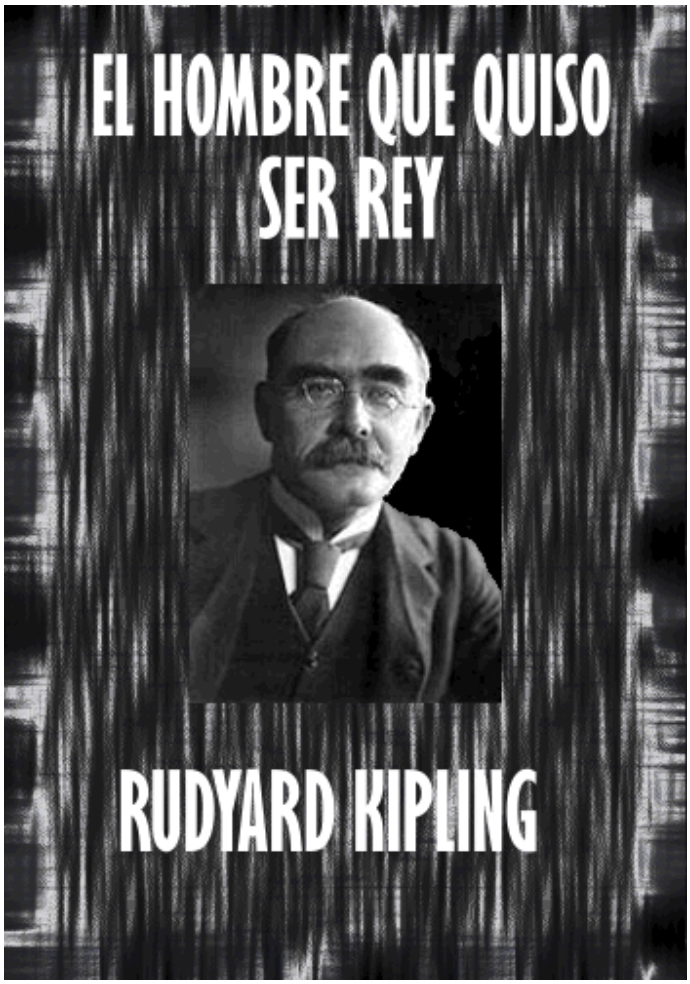
El hombre que quiso ser rey

Rudyard Kipling



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Hermano de un príncipe y amigo de un mendigo con tal de que sea digno

La Ley, como dice la cita, establece una justa norma de vida que no es fácil de seguir. He sido muchas veces amigo de un mendigo, en circunstancias que a ambos nos impedían descubrir si el otro era digno. Todavía me falta ser hermano de un príncipe, aunque en una ocasión conocí de cerca a quien pudo haber sido un verdadero rey, y me prometieron la posesión de un reino: un ejército, un tribunal de justicia, rentas y principios políticos, todo de una vez. Pero ahora mucho me temo que mi rey esté muerto, y si quiero una corona tengo que buscarla por mi cuenta.

Todo empezó en un tren que hacía el camino entre Ajmir y Mhow. Un déficit de presupuesto me obligaba a viajar no ya en segunda clase, que sólo cuesta la mitad que la primera, sino en intermedia, que es realmente espantosa. En clase intermedia no hay cojines y, o bien la población es intermedia, es decir, eurasiática o nativa, lo cual resulta horrible durante un largo viaje nocturno, o bien se trata de una población de vagos, que es divertida pero que siempre anda ebria. Los de intermedia no compran nada en la cantina del tren. Llevan su propia comida en hatillos y tarros, y les compran dulces a los vendedores nativos, y beben agua en los charcos del camino. Éste es el motivo de que cuando llega el calor saquen a los de intermedia muertos de los vagones, y de que en cualquier estación la gente los mire por encima del hombro.

Mi vagón de intermedia estuvo vacío hasta que llegamos a Nasirabad, donde subió un caballero de oscuras y pobladas cejas negras. Iba en mangas de camisa, y mató el tiempo según la costumbre de los de intermedia. Era un viajero errante, un vagabundo como yo mismo, pero con una educada afición por el whisky. Contó historias sobre cosas que había visto y hecho, remotos rincones del Imperio en los que se había internado" y aventuras en las que había arriesgado su vida por la comida de unos pocos días.

-Si la India estuviera llena de hombres como usted y como yo, que no saben mejor que los cuervos de dónde van a sacar las raciones del día siguiente, la tierra no tendría que dar setenta millones, sino setecientos -dijo; y al mirarle la boca y el mentón me sentí inclinado a estar de acuerdo con él.

Hablamos de política -la política de la vagancia, que ve el envés de las cosas, donde nadie allana la escayola- y hablamos de acuerdos postales, porque mi amigo quería enviar un telegrama desde la siguiente estación con destino a Ajmir, el lugar donde la línea de Bombay se desvía hacia Mhow cuando uno viaja en dirección oeste. Mi amigo no tenía más dinero que ocho annas, que quería para comer, y yo no tenía dinero en absoluto, debido a las dificultades de presupuesto antes mencionadas. Más aún, iba hacia un desierto donde, aunque debería seguir en contacto con la Tesorería, no había oficinas de Telégrafos. Me veía, por lo tanto, imposibilitado para ayudarle de una u otra manera.

-Podríamos amenazar a un jefe de estación para que mande un cable de fiado -dijo mi amigo-, pero eso significa preguntas para usted y para mí, y en estos momentos tengo un montón de cosas entre manos. ¿Dijo usted que va a volver por esta misma línea en unos cuantos días?

-Dentro de diez días -contesté.

-¿No pueden ser ocho? -dijo él-. Este asunto es bastante urgente.

-Puedo enviar su telegrama dentro de diez días, si eso le sirve de algo -dije.

-No puedo estar seguro de que lo reciba, ahora que lo pienso. Verá, el sale de Delhì el 23 con dirección a Bombay. Eso quiere decir que pasará por Ajmir durante la noche del 23.

-Pero yo voy al Desierto Indio -expliqué.

-Bien está -dijo él-. Usted cambiará en Marwar Junction para entrar en el territorio dé Jodhpore, tiene que hacerlo, y el llegará a Marwar Junction a primeras horas de la mañana del 24 en el Correo de Bombay. ¿Puede estar en Marwar Junction para entonces? No será ningún inconveniente, porque sé que de esos Estados de India Central uno sólo saca desperdicios sin valor... incluso aunque pretenda ser corresponsal del *Backwoodsman.*

-¿Ha usado., ese truco alguna vez?

-Muchas veces, pero los residentes te descubren, y entonces te escoltan hasta la frontera antes de que digas esta boca es mía. Pero volvamos a mi amigo. Tengo que decirle de palabra lo que me ha pasado o no sabrá adónde ir. Sería más que amable de su parte si usted vuelve de India Central a tiempo para alcanzarle en Marwar Junction y decirle: «Se ha ido al sur a pasar la semana». Él sabrá lo que quiero decir. Es un hombre alto con una barba roja, y muy elegante. Le encontrará durmiendo como un caballero, con todo su equipaje alrededor, en un departamento de segunda clase. Pero no tema. Baje la ventanilla y diga: «Se ha ido al sur a pasar la semana», y él caerá en la cuenta. Sólo tendrá usted que quedarse dos días menos en aquellas tierras. Se lo pido como extranjero... que va al oeste -dijo con énfasis.

-¿De dónde viene usted? -pregunté.

-Del este -contestó-; y espero que le dé el mensaje honradamente, por la memoria de mi madre y de la suya.

Los ingleses no se suelen ablandar cuando uno apela a la memoria de sus madres, pero por ciertas razones, que pronto serán evidentes, me pareció conveniente asentir.

-Es más importante de lo que parece -dijo él-, y por eso le pido que lo haga... y ahora se que puedo depender de usted. Un vagón de segunda clase en Marwar Junction, y un hombre pelirrojo durmiendo dentro. Seguro que se acuerda. Me bajo en la próxima estación, y allí tengo que quedarme hasta que él venga o me mande lo que quiero.

-Si le encuentro le daré el mensaje -dije-; y por la memoria de su madre y de la mía le daré a usted un consejo. No intente ir por los Estados de India Central en este momento como corresponsal del *Backwoodsman.* El de verdad anda por aquí, y eso puede causarle problemas.

-Gracias -dijo simplemente-. ¿Y cuándo se irá ese cerdo? No puedo morirme de hambre sólo porque él me arruine el negocio. Quería ponerme en contacto con el rajah de Degumber para hablarle de la viuda de su padre y darle un buen susto.

-¿Qué le hizo a la viuda de su padre?

-La atiborró de pimienta roja, la colgó de una viga y la pegó con una zapatilla hasta que murió. Lo descubrí yo mismo, y soy el único hombre que se atrevería a entrar en el Estado para vender su silencio por dinero. Intentarán envenenarme, como hicieron en Chortumna cuando quise hacer un poco de fortuna por allí. ¿Le dará mi mensaje al hombre de Marwar junction?

Se bajó en una pequeña estación del camino, y yo reflexioné. Había oído más de una cosa sobre hombres que se hacían pasar por corresponsales de un periódico y sangraban a los pequeños estados nativos amenazando con revelar ciertos asuntos, pero nunca había

conocido a un miembro de tal casta. Llevaban una vida muy dura, y por lo general morían de forma muy repentina. Los Estados nativos sienten un sano horror por los periódicos ingleses, que pueden arrojar luz sobre sus peculiares métodos de gobierno, y hacen lo que pueden para ahogar a sus corresponsales en champaña o volverlos locos con un landó de cuatro caballos. No entienden que a nadie le importa un rábano la administración interna de los Estados nativos, siempre que la opresión y el crimen se mantengan dentro de unos límites decentes, y que el gobernador no esté drogado, borracho o enfermo desde el primer día del año hasta el último. Son los lugares oscuros de la tierra, llenos de inimaginable crueldad, con un pie en el ferrocarril y el telégrafo, y el otro en los días de Harun-al-Raschid.

Cuando bajé del tren me dediqué a negociar con diversos reyes, y en ocho días mi vida sufrió muchos cambios. Unas veces vestía de etiqueta me codeaba con príncipes y políticos, bebía en copas de cristal y comía en vajilla de plata. En otras ocasiones me tumbaba en el suelo y devoraba lo que podía conseguir en un plato hecho de hojas, y bebía agua de los charcos, y dormía bajo la misma manta que mi criado. Y ése era todo el trabajo del día.

En la fecha exacta, como había prometido, me encaminé al Gran Desierto Indio, y el Correo nocturno me llevó hasta Marwar Junction, desde donde sale una pequeña, divertida y despreocupada línea de ferrocarril, dirigida por nativos, que va hacia Jodhpore. El Correo de Bombay que viene de Delhi efectúa una corta parada en Marwar. Llegó en el mismo momento que yo, y tuve el tiempo justo para correr hasta el andén y echar una ojeada a los vagones. Sólo había uno de segunda clase en todo el tren. Bajé la ventanilla y descubrí una flameante barba roja, medio oculta por una manta de viaje. Aquél era mi hombre, profundamente dormido, y le di un suave codazo en las costillas. Se despertó con un gruñido, y vi su cara a la luz de las farolas. Era una cara notable, magnífica.

-¿Otra vez los billetes? -preguntó.

-No -dije-. Estoy aquí para decirle que él se ha ido al sur a pasar la semana. ¡Se ha ido al sur a pasar la semana!

El tren había empezado a moverse. El hombre pelirrojo se frotó los ojos.

-Se ha ido al sur a pasar la semana -repitió-. Bueno, vaya cara más dura. ¿Dijo que yo le daría algo? Porque no lo haré.

-No dijo nada -contesté. Me alejé y observé cómo morían en la oscuridad las luces rojas. Hacía un frío espantoso, porque el viento soplaba desde las arenas. Subí a mi propio tren, esta vez a un buen vagón, y me quedé dormido.

Si el hombre de la barba me hubiera dado una rupia, la habría guardado como recuerdo de tan curiosa aventura. Pero la conciencia de haber cumplido con mi deber era mi única recompensa.

Algún tiempo más tarde pensé que dos caballeros como mis amigos no podían hacer nada bueno fingiendo ser corresponsales; y si chantajeaban a una de esas pequeñas ratoneras que son los Estados de India Central o del sur de Rajputana, podían verse en serios apuros. Así que me tomé el trabajo de describírselos tan fielmente como fui capaz de recordar a quienes estarían interesados en deportarlos; y conseguí, según me informaron más tarde, que los hicieran volver de las fronteras de Degumber.

Pasó el tiempo y me convertí en una persona respetable, y regresé a una oficina donde no había reyes, ni más incidentes que los derivados de la diaria elaboración del periódico.

Una redacción parece atraer a cualquier tipo concebible de persona, en detrimento de la disciplina. Llega una dama de la misión de Zenana y le ruega al editor que abandone inmediatamente todas sus obligaciones para describir una cristiana entrega de premios en algún tugurio de un pueblo inaccesible; un coronel relevado del mando se sienta y esboza las ideas para una serie de diez, doce o veinticuatro artículos de primera plana sobre antigüedad *versus* selección; un misionero quiere saber por qué no le han permitido escapar de sus medios habituales para permitirle insultar y abusar de un hermano misionero en la sección editorial «Nosotros»; una compañía teatral sin recursos se presenta en pleno para explicar que en ese momento no puede pagar sus anuncios, pero que lo hará, con intereses, en cuanto vuelva de Nueva Zelanda o de Tahiti; un inventor de máquinas para mover *punkahs*, de enganches para carruajes o de espadas irrompibles llama con los bolsillos llenos de presupuestos y horas a su disposición; entra una compañía de te y redacta sus folletos de propaganda con las plumas de la oficina; la secretaria de un comité de danza clama por ver descritas con más detalle las glorias de su último baile; aparece entre frufrú de sedas una extraña dama y dice: «Quiero que me imprima inmediatamente cien tarjetas de invitación, por favor», lo cual es, evidentemente, parte de las obligaciones de un editor; y todos los rufianes disolutos que hayan recorrido penosamente la Gran Carretera -Principal alguna vez se empeñan en pedir trabajo como correctores de pruebas. Y la campanilla del teléfono no deja de sonar, enloquecida, y en el Continente asesinan a un rey, y el Imperio dice: «Ahora reinarás tú», y el señor Gladstone echa azufre sobre los Dominios Británicos, y los pequeños copistas negros gimotean *kaa pi chay-ha yeh* (se busca material) como abejas cansadas, y la mayor parte del papel está tan vacio como el escudo de Mordred.

Pero ésta es la época divertida del año. Hay otros seis meses durante los cuales nunca llama nadie, y el termómetro sube, pulgada a pulgada, hasta lo alto del cristal, y en la redacción sólo se deja entrar la luz suficiente para leer, y las prensas, al tacto, están al rojo vivo, y nadie escribe nada salvo necrologías o alguna relación de diversiones en las estaciones de las colinas. El teléfono, entonces, se convierte en un tintineante horror, porque te informa de las súbitas muertes de hombres y mujeres que conocías íntimamente, y el sarpullido que causa el calor te cubre como una prenda de vestir, y te sientas y escribes: «Nos informan de un ligero incremento de la enfermedad en el distrito de Khuda Janta Khan. La naturaleza del brote es puramente esporádica, y gracias a los enérgicos esfuerzos de las autoridades del distrito, ya está desapareciendo. Empero, lamentamos dar parte de las muertes, etc.».

Luego la enfermedad se declara realmente, y cuantos menos informes y registros haya, mejor, para la tranquilidad de los suscriptores. Pero el Imperio y los reyes siguen divirtiéndose con tanto egoísmo como antes, y el presidente cree que un diario tiene que salir realmente cada veinticuatro horas, y en las estaciones de las colinas, en mitad de una fiesta, todo el mundo dice: «¡Santo Cielo! ¿Por qué no está más animado este diario? Están pasando tantas cosas aquí arriba...».

Ésta es la cara oculta de la luna, y, como dice el anuncio, «hay que probarlo para apreciarlo».

Fue durante esta época, una estación francamente terrible, cuando el diario empezó a tirar la última edición de la semana los sábados por la noche, que es como decir los domingos por la mañana, siguiendo la costumbre de los diarios de Londres. Esto resultaba muy conveniente, porque inmediatamente después de que cerráramos la edición, el ama-

necer hacía que el termómetro bajase de 36a 29° durante media hora, y con semejante frío (no pueden tener ni idea del frío que suponen 29- hasta que no hayan empezado a rezar por ellos) un hombre muy cansado puede quedarse dormido antes de que el calor le vuelva a despertar.

Un sábado por la noche me tuve que hacer cargo de la agradable tarea de cerrar la edición solo. Un rey, o un cortesano, o una cortesana, iba a morir, o una comunidad iba a tener una nueva Constitución, o algo importante iba a pasar al otro lado del mundo, y el diario tenía que seguir abierto hasta el Ultimo minuto en espera del telegrama.

Era una noche negra como boca de lobo, todo lo bochornosa que puede ser una noche de junio, y el *loo,* el viento ardiente del oeste, rugía entre los árboles secos como la yesca, fingiendo que la lluvia le pisaba los talones. De vez en cuando una gota de agua casi hirviendo caía en el polvo con el pesado ruido de una rana, pero todo nuestro agotado mundo sabía que sólo era un simulacro. La habitación de las prensas estaba un tanto más fresca que la redacción, así que me senté allí, mientras la máquina de componer crujía y daba chasquidos, y los chotacabras ululaban en las ventanas, y los cajistas, casi desnudos, se secaban el sudor de la frente y pedían agua. Lo que nos estaba retrasando, fuera lo que fuese, no llegaba, aunque el loo amainaba y el último tipo estaba en su sitio, y toda la tierra, con el dedo sobre los labios, permanecía inmóvil en aquel calor sofocante, en espera del acontecimiento. Somnoliento, me preguntaba si el telégrafo era una bendición, y si el hombre que agonizaba, o la gente que luchaba, estarían enterados de las molestias que el retraso estaba ocasionando. Aparte del calor y la preocupación no había un motivo especial para sentirse tenso, pero cuando las manecillas del reloj se acercaron lentamente a las tres de la madrugada, e hice girar dos o tres veces los volantes de las máquinas para comprobar que todo estaba en orden antes de decir la palabra que las pondría en funcionamiento, habría empezado a dar gritos.

Luego, el rugido y traqueteo de las ruedas hizo añicos la calma. Me levanté para irme, pero dos hombres con trajes blancos estaban de pie frente a mí. El primero dijo: «¡Es él!».

-¡Sí que lo es!, -dijo el segundo. Y los dos se echaron a reír casi tan fuerte como el rugido de las máquinas, y se enjugaron la frente.

-Vimos que había una luz encendida al otro lado de la calle, y estábamos durmiendo en el suelo para estar frescos, y yo le dije aquí a mi amigo: «La oficina está abierta. Vamos allí y hablamos con el que nos sacó del Estado de Degumber», -dijo el más bajo de los dos. Era el hombre que había conocido en el tren de Mhow, y su compañero era el barbudo pelirrojo de Marwar Junction. Las cejas de uno y la barba del otro eran inconfundibles:

No me alegré de verlos; quería dormir, no pelearme con un par de vagos.

-¿Que quieren? -pregunté.

-Media hora de charla con usted, frescos y cómodos, en la oficina -dijo el hombre de la barba roja-. Nos gustaría beber algo... La Contrata no empieza todavía, Peachey, así que no tienes por qué mirarme... pero lo que de verdad queremos es consejo. No queremos dinero. Se lo pedimos como un favor porque nos enteramos de que nos jugó una mala pasada con lo del Estado de Degumber.

Los llevé de la sala de prensas a la sofocante oficina con sus mapas en las paredes, y el hombre pelirrojo se frotó las manos.

-Esto si que está bien -dijo-. Es el sitio que estábamos buscando. Ahora, señor, déjeme presentarle al hermano Peachey Carnehan, ése es él, y al hermano Daniel Dravot, ése soy yo, y cuanto menos digamos sobre nuestra profesión mejor, porque hemos hecho de casi todo en nuestros tiempos. Soldados, marineros, cajistas, fotógrafos, correctores de pruebas, predicadores callejeros y corresponsales del *Backwoodsman* cuando creímos que el periódico los necesitaba. Carnehan está sobrio, y yo también. Mírenos primero para asegurarse. Así no tendrá que interrumpirme. Vamos a coger uno de sus cigarros por cabeza, y usted mira cómo los encendemos.

Observé la prueba. Estaban completamente sobrios, así que les serví un whisky tibio con soda a cada uno.

-Bien está -dijo Carnehan, el de las cejas, limpiándose el bigote-. Déjame hablar ahora, Dan. Hemos estado por toda la India, casi siempre a pie. Hemos sido caldereros, maquinistas, subcontratistas y todo eso, y hemos decidido que la India no es lo bastante grande para gente como nosotros.

Ciertamente, ellos eran demasiado grandes para la oficina. Mientras estaban sentados a la mesa, la barba de Dravot parecía llenar media habitación, y los hombros de Carnehan la otra media.

-El país no está ni medio explotado -continuó Carnehan-, porque los que gobiernan no te dejan tocarlo. Pierden todo su bendito tiempo gobernándolo, y no puedes levantar una pala, ni picar una roca, ni buscar aceite, ni nada por el estilo, sin que todo el gobierno diga: «Déjalo estar, y déjanos gobernar». Así pues, tal y como son las cosas, lo dejaremos estar, y nos iremos a algún otro sitio donde los hombres no estén apiñados y puedan entrar en posesión de lo suyo. No somos unos enclenques, y no hay nada que nos asuste salvo beber, y hemos firmado una Contrata sobre eso. Así pues, nos vamos de aquí para ser reyes.

-Reyes por derecho propio -murmuró Dravot.

-Sí, por supuesto -dije yo-. Pero han estado andando demasiado tiempo bajo el sol, y hace una noche muy calurosa, y... ¿no seria mejor que lo consultaran con la almohada? Vuelvan mañana.

-Ni borrachos ni con insolación -dijo Dravot-. Lo hemos consultado con la almohada medio año, y hay que ver libros y atlas, y hemos decidido que sólo hay un sitio ahora en el mundo en donde dos hombres fuertes puedan reinar como el rajah de Sarawhack. Lo llaman Kafiristán. Mi opinión es que está en Afganistán, arriba y a la derecha, a no más de trescientas millas de Peshawar. Allí tienen treinta y dos ídolos paganos, y nosotros seremos el treinta y tres y el treinta y cuatro. Es un país montañoso, y las mujeres del lugar son muy hermosas.

-Pero eso está prohibido en la Contrata -dijo Carnehan-. Ni mujeres ni alcohol, Daniel.

-Y eso es todo lo que sabemos, excepto que nadie ha ido allí, y que hay guerras, y un hombre que sabe entrenar hombres siempre puede reinar en cualquier sitio donde haya guerras. Iremos a esas tierras y le diremos al primer rey que encontremos: «¿Quieres derrotar a tus enemigos?». Y le enseñaremos a entrenar hombres; porque de eso sabemos más que de ninguna otra cosa. Despues subvertiremos a ese rey, nos apoderaremos de su trono y haremos una dinastía.

-Les harán pedazos antes de que estén a cincuenta millas al otro lado de la frontera -dije-. Tienen que viajar a través de Afganistán para llegar a ese país. Es una masa de

montañas, picos y glaciares, y ningún inglés la ha atravesado. Los habitantes son verdaderos animales salvajes, y aunque los encontraran no podrían hacer nada.

-Eso está muy bien -dijo Carnehan-. Si puede usted creernos un poquito más locos estaremos más contentos. Hemos venido a verle para saber de ese país, para leer un libro sobre él, y para que nos enseñe mapas. Queremos que nos diga que estamos locos y que nos enseñe libros -y se volvió hacia las estanterías.

-¿Me están hablando en serio? -pregunté.

-Un poco -dijo Dravot amablemente-. El mapa más grande que tenga, incluso si está en blanco en el sitio de Kafiristán, y cualquier libro que tenga también. Podemos leer, aunque no somos muy cultos.

Desenfundé el gran mapa de la India de una pulgada por treinta y dos millas de escala, y dos pequeños mapas fronterizos; bajé el volumen INF-KAN de la *Encyclopedia Britannica,* y los hombres los consultaron.

-¡Mire aquí! -dijo Dravot, con el pulgar sobre el mapa-. Hasta Jagdallak, Peachey y yo conocemos el camino. Estuvimos allí con el Ejército de Roberts. Tenemos que ir a la derecha en Jagdallak, atravesando el territorio Laghmann. Después pasamos entre las colinas... catorce mil pies... quince mil... frío trabajito, pero no parece tan lejos en el mapa.

Le alargué las *Fuentes del Oxo,* de Wood. Carnehan estaba absorto en la *Encyclopedia.*

-Un lote surtido -dijo Dravot, pensativo-. Y saber los nombres de sus tribus no nos ayudará. A más tribus más guerras, y mejor para nosotros. De Jagdallak a Ashang. ¡Hmmm!

-Pero toda esta información sobre el país no puede ser más incompleta y errónea -protesté-. En realidad, nadie sabe nada. Aquí está la carpeta del *United Services Institute.* Lea lo que dice Bellew.

-¡Al infierno Bellew! -dijo Carnehan-. Dan, son un apestoso montón de bárbaros, pero aquí este libro dice que creen que están emparentados con nosotros los ingleses.

Me dediqué a fumar mientras ellos estaban absortos en Raverty, Wood, los mapas y la *Encyclopedia.*

-No vale la pena que espere -dijo Dravot cortésmente-. Ahora son cerca de las cuatro. Si quiere dormir nos iremos antes de las seis, y no vamos a robar ningún papel. No se asuste. Somos dos lunáticos inofensivos, y si viene mañana por la noche al *Serai,* le diremos adiós.

-Son ustedes dos tontos -contesté-. Les harán volver cuando lleguen a la frontera, o les cortarán en pedacitos en el momento en que pongan el pie en Afganistán. ¿Quieren un poco, de 'dinero, o una recomendación para el sur? Puedo ayudarles a conseguir un trabajo la próxima semana.

-La próxima semana ya estaremos trabajando duro, gracias -dijo Dravot-. Ser un rey no es tan fácil como parece. Cuando pongamos nuestro reino en orden se lo haremos saber, y puede venir y ayudarnos a gobernarlo.

-¿Harían dos lunáticos una Contrata como ésta? -dijo Carnehan con templado orgullo, enseñándome una grasienta media hoja de cuaderno de notas en la que estaba escrito lo siguiente. Lo copié, allí y entonces, como curiosidad:

Esta Contrata entre yo y tú poniendo a Dios por testigo... Amén y etc.

Uno Que yo y tú resolveremos este asunto juntos; i. e., ser reyes de Kafiristán. Dos Que yo y tú, mientras este asunto se resuelve, no tomaremos nada de Alcohol, ni a ninguna Mujer negra, blanca o morena, y así no nos mezclaremos nocivamente con el uno o la

otra. Tres Que nos conduciremos con Dignidad y Discreción, y si uno de nosotros tiene problemas, podrá contar con el otro.

Firmado por mí y por ti en el día de hoy.

Peachey Taliaferro Carnehan.

Daniel Dravot.

Ambos caballeros sin domicilio establecido.

-El último artículo no hacía falta -dijo Carnehan, enrojeciendo con modestia-; pero así parece más serio. Ahora ya sabe la clase de hombres que son los vagabundos... nosotros somos vagabundos, Dan, hasta que salgamos de la India... y, ¿cree que firmaríamos una Contrata como ésta a menos que seamos sinceros? Nos hemos apartado de las dos cosas que hacen que la vida valga la pena vivirse.

-No disfrutarán de sus vidas durante mucho más tiempo si emprenden esta estúpida aventura. No le prendan fuego a la oficina -dije-, y váyanse antes de las nueve.

Los dejé otra vez absortos en los mapas, tomando notas en la parte posterior de la Contrata. «Mañana en el *Serai,* no falte» fueron sus palabras de despedida.

El *Serai* de Kumharsen es un cuadrado de cuatro metros de lado, el gran albañal de la humanidad, donde se atan y desatan las cuerdas de los camellos y caballos del norte. Allí se ve gente de todos los pueblos del Asia Central, y de la mayoría de los de la India. Allí, Balkh y Bokhara se dan la mano con Bengala y Bombay, y tratan de hincarse el diente. En el *Serai* de Kumharsen se pueden comprar ponies, turquesas, gatos persas, alforjas, ovejas de rabo grueso y almizcle, y conseguir muchas cosas extrañas sin pagar nada. Fui allí por la tarde, a ver si mis amigos tenían intención de mantener su palabra o yacían borrachos en alguna esquina.

Un sacerdote vestido con pedazos de cintas y jirones de tela se dirigió con paso majestuoso hacia mí, haciendo girar uno de esos molinetes de' papel con los que juegan los niños. Tras él caminaba su criado, doblado bajo el peso de un cajón de juguetes de arcilla. Ambos estaban cargando dos camellos, y los habitantes del *Serai* los miraban riéndose a carcajadas.

-El sacerdote está loco_-me dijo un chalán-. Va a Kabul, a venderle juguetes al emir. O le tributarán honores o le cortarán la cabeza. Llegó aquí esta mañana y ha estado comportándose como un loco desde entonces.

-Dios protege a los tontos -tartamudeó un *usbeg* de mejillas planas en un imperfecto hindi-. Predicen el futuro.

-¡Podrían haber predicho que los shinwaris atacarían mi caravana cuando estábamos a un tiro de piedra del Paso! -gruñó el agente *ausufzai* de una casa de comercio de Rajputana, cuyas mercancías se habían repartido otros ladrones nada más pasar la frontera, y cuyas desventuras -eran'. el hazmerreír del bazar-. Oye, sacerdote, ¿de dónde vienes y adónde vas?

-¡De Roum he venido! -gritó el sacerdote, agitando el molinete-. ¡De Roum, atravesando el mar en alas del aliento de cien demonios! ¡Oh ladrones, embusteros, perjuros, cerdos y perros benditos de Pir Kahn! ¿Quién llevará al norte al Protegido de Dios para que le venda al emir amuletos que nunca se han visto antes? Los camellos no flaquearán, los hijos no enfermarán y las esposas seguirán fieles para los hombres que me ofrezcan sitio en su caravana. ¿Quién me ayudará a azotar al rey de Roos con el tacón de plata de una zapatilla de oro? ¡Que Pir Kahn bendiga su trabajo! -se abrió los faldones de la gabardina y empezó a hacer piruetas entre las hileras de caballos atados.

-Hay una caravana que sale de Peshawar hacia Kabul dentro de veinte días, *Huzrut* -dijo el comerciante *ausufzai*-. Mis camellos van con ella. Ven tú también y tráenos buena suerte.

-¡Yo saldré ahora mismo! -gritó el sacerdote-. ¡Montaré en mis camellos alados, y estaré en Peshawar en un día! ¡Eh! ¡Hazar Mir Khan! -le gritó a su criado-. ¡Saca a los camellos, pero deja que monte primero el mío!

Saltó a lomos de su animal, que se había arrodillado, y volviéndose hacia mí gritó: -Acompáñanos un trecho, sahib, y te venderé un amuleto... un amuleto que te convertirá en rey de Kafiristán.

Entonces lo vi todo claro como el día, y seguí a los dos camellos fuera del Serai, hasta que llegamos a campo abierto y el sacerdote se detuvo.

-¿Qué le parece? -dijo en inglés-. Carnehan no habla su jerga, así que lo he convertido en mi criado. Y es un criado muy elegante. No por nada he pateado el país durante catorce años. ¿Verdad que he hablado bien? En Peshawar le pediremos a una caravana que nos lleve hasta Jagdallak, y entonces veremos si nos cambian los camellos por burros, y entraremos en Kafiristan. ¡Molinetes para el emir, oh Señor! Meta la mano en las alforjas y dígame lo que toca.

Toqué la culata de un Martini, y de otro, y de otro más.

-Llevamos veinte -dijo Dravot placidamente-. Veinte, y la munición correspondiente, debajo de los molinetes y las muñecas de arcilla.

-¡Que el Cielo le ayude si le cogen con todo eso! -dije-. Para un *pathan*, un Martini vale su peso en plata.

-Mil quinientas rupias de capital, todas las que pudimos mendigar, o pedir prestadas, o robar, invertimos en estos dos camellos -dijo Dravot-. No nos cogerán. Vamos a atravesar el Khyber con una caravana corriente. ¿Quién tocaría a un pobre sacerdote loco?

-¿Tienen todo lo que necesitan? -pregunté, pasmado de asombro.

-Todavía no, pero lo tendremos pronto. Dénos un recuerdo de su amabilidad, *hermano*. Ayer me hizo un favor, y otro aquella vez en Marwar. La mitad de mi reino será suya, como dice el dicho.

Saqué un pequeño amuleto en forma de compás de la cadena de mi reloj y se lo tendí al sacerdote.

-Adiós -dijo Dravot, estrechándome la mano con cautela-. Es la última vez en mucho tiempo que le damos la mano a un inglés. Dale la mano, Carnehan -gritó cuando el segundo camello pasó junto 'a mí.

Carnehan se inclinó y me estrechó la mano. Después, los camellos se alejaron por el polvoriento camino, y me quedé solo y admirado. No pude detectar el menor fallo en los disfraces. La escena en el Serai probaba que a ojos de los nativos eran lo que parecían. Por lo tanto, había una posibilidad de que Carnehan y Dravot fuesen capaces de errar por Afganistán sin que los descubrieran. Pero más allá encontrarían la muerte... una muerte segura y espantosa.

Diez días más tarde, un corresponsal nativo que me comunicaba las noticias del día en Peshawar concluía su carta con estas palabras: «Mucho nos hemos reído por aquí a costa de un sacerdote loco que, según dice, va a venderle a Su Alteza el emir de Bokhara baratijas y chucherías insignificantes a las que atribuye grandes poderes. Pasó por Peshawar y se unió a la Segunda Caravana Estival que va a Kabul. Los mercaderes están

contentos, porque son supersticiosos y creen que semejante compañero loco trae buena fortuna».

Por lo tanto, los dos habían cruzado la frontera. Habría rezado por ellos, pero aquella noche murió en Europa un rey de verdad, y tuve que redactar una necrológica.

La rueda del mundo pasa por las mismas fases una y otra vez. Se fue el verano y tras el el invierno, y llegaron y pasaron otra vez. El diario seguía apareciendo, y yo seguía trabajando en él, y durante el tercer verano tuvimos una noche calurosa, una edición nocturna y una tensa espera por algo que debían telegrafiar desde el otro lado del mundo, exactamente como había ocurrido la primera vez. Unos cuantos hombres importantes habían muerto en los dos años precedentes, las máquinas trabajaban con mayor estruendo, y algunos árboles del jardín de la oficina eran unos pocos pies más altos. Pero ésa era toda la diferencia.

Entré en la sala de prensas, y viví una escena como la que ya he descrito más arriba. La tensión nerviosa era más fuerte que dos años antes, y yo sufría más a causa del calor. A las tres grité: «¡Empiecen a imprimir!», y me volví para salir de allí, cuando lo que quedaba de un hombre se arrastró hacia mi silla. Iba encorvado hasta el suelo, tenía la cabeza hundida entre los hombros, y movía los pies como un oso. Apenas podía estar seguro de si andaba o gateaba... y aquel quejumbroso y harapiento lisiado se dirigió a mí llamándome por mi nombre, gimoteando que había regresado.

-¿Puede darme un trago? -lloriqueó-. ¡Por el amor de Dios, déme un trago!

Volví a la oficina, con aquel hombre gimiendo de dolor detrás, y encendí la lámpara.

-¿No me conoce? -dijo con voz entrecortada, dejándose caer en una silla, y volvió el ojeroso rostro, coronado de greñas grises, hacia la luz.

Le miré fijamente. Ya una vez había visto unas cejas que se unían sobre la nariz, formando una raya negra de una pulgada de anchura, pero que me aspen si recordaba dónde.

-No, no le conozco -dije, tendiéndole el whisky-. ¿Qué puedo hacer por usted?

Bebió un trago sin mezclarlo, y se estremeció a pesar del sofocante calor.

-He -vuelto -repitió-; y fui rey de Kafiristán, yo y Dravot... ¡éramos, reyes coronados! En esta oficina lo acordamos; usted sentado ahí y dándonos libros. Soy Peachey, Peachey Taliaferro Carnehan, y usted ha estado aquí sentado desde entonces... ¡Oh, Dios mío!

Sentí algo más que simple asombro, y expresé mis sentimientos en consonancia.

-Es verdad -dijo Carnehan con una risa aguda y seca, meciendo unos pies envueltos en harapos-. Tan verdad como el Evangelio. Reyes fuimos, con coronas sobre la cabeza... Dravot y yo... pobre Dan... ¡Oh, pobre, pobre Dan, que nunca escuchó un consejo, ni aunque se lo supliqué!

-Bébase el whisky -dije- y tómese el tiempo que necesite. Cuénteme todo lo que recuerde de principio a fin. Cruzaron la frontera con sus camellos, Dravot disfrazado de sacerdote loco y usted de criado. ¿Se acuerda de eso?

-No estoy loco... todavía, pero eso llegará. Claro que me acuerdo. Siga mirándome, o todas mis palabras se harán pedazos. Siga mirándome a los ojos y no diga nada.

Me incliné y le miré a la cara tan fijamente como pude. Dejó caer una mano sobre la mesa y yo la cogí por la muñeca. Estaba retorcida como la garra de un pájaro, y en el dorso había una cicatriz roja e irregular en formó de diamante.

-No, no mire eso. Míreme a mí -dijo Carnehan-. Eso viene luego, pero por amor de Dios, no me distraiga. Nos unimos a esa caravana, yo y Dravot haciendo toda clase de

bufonadas para divertir a la gente con la que íbamos. Dravot solía hacernos reír por la noche, cuando todo el mundo estaba preparando la cena... preparando la cena, y... ¿qué hicieron después? Encendieron pequeñas fogatas y las chispas volaban hacia la barba de Dravot, y todos nos reíamos... nos moríamos de risa. Pequeñas chispas rojas volando a la gran barba roja de Dravot... es tan divertido...

Sus ojos se apartaron de los míos y sonrió tontamente.

-Después de encender las fogatas -dije al azar- fueron a Jagdallak con esa caravana. A Jagdallak, donde la abandonaron para intentar llegar a Kafiristán.

-No, no hicimos nada de eso. ¿De qué está hablando? Dejamos la caravana antes de Jagdallak, porque oímos que los caminos eran buenos. Pero no lo bastante buenos para nuestros camellos, el mío y el de Dravot. Cuando nos separamos de la caravana, Dravot se quitó toda la ropa y también me quitó la mía, y dijo que seríamos bárbaros, porque los kafir no consienten que los mahometanos hablen con ellos. Así que nos vestimos entre lo uno y lo otro, y todavía no he visto ni espero volver a ver una visión como Daniel Dravot. Se quemó media barba, y se echó una piel de oveja por los hombros, y se rapó la cabeza formando dibujos. También me rapó a mí, y me hizo ponerme unas cosas terribles para parecer un bárbaro:' Era en un territorio muy montañoso, y nuestros camellos ya no podían avanzar por culpa de las montañas. Eran altas y oscuras, y volviendo a casa las vi luchar como cabras salvajes... hay montones de cabras en Kafiristán. Y esas montañas nunca están quietas, igual que las cabras. Siempre están luchando, y no te dejan dormir por la noche.

-Beba un poco más de whisky -dije muy despacio-. ¿Qué hicieron usted y Daniel Dravot cuando los camellos no pudieron ir más lejos por culpa de los escarpados caminos que llevan a Kafiristán?

-¿Qué hizo cuál? Había una parte interesada de nombre Peachey Taliaferro Carnehan que estaba con Dravot. ¿Quiere que le hable de ésa? Murió allí, en aquellas tierras frías. De cabeza desde el puente cayó el viejo Peachey, dando vueltas y vueltas en el aire como un molinete de a penique de los que le venden al emir... no; era tres medios peniques, los molinetes, o estoy muy confundido y dolorido... Y entonces los camellos no servían, y Peachey le dijo a Dravot: «Por el amor de Dios, salgamos de aquí antes de que nos corten la cabeza», y no teniendo nada en particular para comer, mataron a los camellos allí entre las montañas, pero primero les quitaron las cajas con los rifles y la munición, hasta que aparecieron dos hombres con cuatro mulas. Dravot va y baila delante de ellos, cantando: «Vendedme cuatro mulas». Dice el primer hombre: «Si eres lo bastante rico para comprar, eres lo bastante rico para que te roben»; pero antes de que pudiera echarle mano al cuchillo, Dravot le rompe el cuello sobre la rodilla, y la otra parte interesada sale corriendo. Así que Carnehan cargó las mulas con los rifles que bajamos de los camellos, y juntos seguimos adelante en aquellas tierras montañosas y con un frío cortante, y nunca por un camino más ancho que el dorso de la mano.

Hizo una pausa, y le pregunté si podía recordar la índole del país que habían atravesado en su viaje.

-Se lo estoy contando tan claramente como puedo, pero mi cabeza no es tan buena como debiera ser. Me hundieron clavos en ella para que oyera morir mejor a Dravot. El país era montañoso y las mulas eran de lo más terco, y los habitantes vivían dispersos y solitarios. Subían y subían, y bajaban y bajaban, y la otra parte interesada, Carnehan, le imploraba a Dravot que no cantara ni silbara tan alto, por miedo a desencadenar tremen-

das avalanchas. Pero Dravot dice que si un rey no puede cantar no vale la pena ser rey, y golpeaba la grupa de las mulas, y nunca me hizo caso durante diez fríos días. Llegamos a un valle grande y llano entre las montañas, y las mulas estaban medio muertas, así que, no teniendo nada en particular para comer, ni nosotros ni ellas, las matamos. Seguidamente nos sentamos en las cajas, y jugamos a pares y nones con los cartuchos que se habían salido.

»Entonces diez hombres con arcos y flechas corrieron valle abajo, persiguiendo a veinte hombres con arcos y flechas, y la pelea era espantosa. Había hombres blancos, más blancos que usted y que yo, con el pelo amarillo y notablemente corpulentos. Y dice Dravot, sacando los rifles: "Aquí empieza el negocio. Lucharemos con los diez hombres", y al decirlo dispara dos rifles sobre los veinte hombres, y derriba a uno de ellos a doscientas yardas desde la roca en que estaba sentado. El otro hombre echa a correr, pero Carnehan y Dravot se sientan en las cajas, matando uno tras otro más cerca o más lejos, valle arriba o valle abajo. Luego nos acercamos a los diez hombres que también habían echado a correr por la nieve, y nos lanzan una flechita de nada. Dravot dispara sobre sus cabezas, y todos se echan de bruces al suelo. Luego camina entre ellos y les da patadas, y los levanta y les estrecha la mano a todos para volverlos amistosos. Los llama y les da las cajas para que las lleven, y agita la mano como si ya fuera rey a ojos del mundo entero. Ellos los llevan a él y a las cajas a través del valle y colina arriba hasta un bosque de pinos en la cumbre, donde había media docena de grandes ídolos de piedra. Dravot se acerca al más grande, uno que llaman Imbra, y coloca a sus pies un rifle y un cartucho, frotando repetuosamente la nariz contra su nariz, dándole palmaditas en la cabeza y saludando delante de el. Se vuelve en redondo hacia los hombres, asiente y dice: "Muy bien. Yo también estoy en el secreto, y todas estas viejas pesadillas son mis amigos". Después abre la boca y la señala, y cuando el primer hombre le trae comida dice "Sí" con mucha altanería, y come despacio. Así fue como llegamos a nuestro primer poblado, sin ningún problema, como si hubiéramos caído del cielo. Pero caímos de uno de esos malditos puentes de cuerda, ¿sabe?, y... no puede esperar que un hombre se ría mucho después de eso...

-Beba un poco más de whisky y continúe -dije-. Ése fue el primer poblado que encontraron. ¿Cómo llegó a ser rey?

-Yo no fui rey -dijo Carnehan-. Dravot era el rey, y muy distinguido que parecía con la corona de oro en la cabeza y todo eso. Él y la otra parte interesada se quedaron en aquel poblado, y todas las mañanas Dravot se sentaba al lado del viejo Imbra, y la gente venía y lo adoraba. Era orden de Dravot. Después un montón de hombres entraron en el valle, y Carnehan y Dravot les disparan con los rifles antes de que supieran dónde estaban, y los dos corren valle abajo y luego valle arriba y encuentran otro poblado, igual que el primero, y Dravot dice: "¿Qué problema hay entre los dos poblados?" y la gente señala a una mujer, tan blanca como usted o yo, que llevaban a rastras, y Dravot la lleva de vuelta al primer poblado y cuenta los muertos... ocho habían. Por cada hombre muerto Dravot derrama un poco de leche sobre la tierra y agita los brazos como un molinete, y dice: "Está bien". Luego el y Carnehan cogen del brazo al gran jefe de cada poblado y bajan al valle, y les enseñan a cavar una zanja con una lanza a lo largo del valle, y les da a cada uno un terrón de tierra de ambos lados de la zanja. Luego todo el mundo baja y gritan como demonios y todo eso, y Dravot dice: "Id y labrad la tierra, y sed provechosos y multiplicaos". Cosa que hicieron, aunque no entendieron nada. Luego preguntamos los

nombres de las cosas en su jerga, pan, agua, fuego, ídolos y todo eso, y Dravot lleva junto al ídolo al sacerdote de cada poblado, y dice que él tiene que sentarse allí y juzgar a la gente, y que si algo sale mal pueden matarle de un tiro.

»A la semana siguiente todos andaban revolviendo la tierra del valle tan tranquilos como abejas y mucho más hermosos, y los sacerdotes escucharon todas las quejas y le contaron a Dravot con gestos de qué trataban. "Esto es el principio -dice Dravot-. Creen que somos dioses." El y Carnehan eligen veinte hombres útiles y les enseñan a disparar un rifle, y a formar a cuatro, y a avanzar en línea, y ellos estaban muy contentos, y lo entendían todo muy deprisa. Luego él saca su pipa y su bolsa de tabaco, y deja la una en un poblado, y la otra en el otro, y allá vamos los dos a ver qué hay -por hacer en el siguiente valle. Era todo de rocas, y había un poblado pequeño, y Carnehan dice: "Mándalos al otro valle a plantar la tierra", y los lleva allí, y les da tierra que no era de nadie. Eran muy pobres, y los ungimos con la sangre de un cabritillo antes de dejarlos entrar en el nuevo reino. Eso era para impresionarlos, y después se establecieron tranquilamente, y Carnehan volvió con Oravot, que había ido a otro valle, todo nieve y hielo y muy montañoso. Allí no había gente y el Ejército tuvo miedo, así que Dravot mata a uno de un tiro, y sigue hasta que encuentra gente en un poblado, y el Ejército explica que a menos que la gente quiera que la maten es mejor que no disparen sus pequeños mosquetes, porque tenían mosquetes de mecha. Nos hacemos amigos del sacerdote, y yo me quedo allí solo con dos del Ejército, enseñando instrucción a los hombres, y un jefe imponente de grande se acerca a través de la nieve tañendo timbales y cuernos, porque ha oído que había un nuevo dios por los alrededores. Carnehan apunta a bulto desde una media milla y roza a uno de los hombres. Luego envía un mensaje al jefe, que a menos que quiera que lo maten, debe acercarse y estrecharme la mano y dejar sus armas detrás. Primero se acerca el jefe solo, y Carnehan le da la mano y agita los brazos, como Dravot hacía, y muy sorprendido que se quedó aquel jefe, y me acaricia las cejas. Después Carnehan se acerca solo al jefe, y le pregunta con gestos si tenía algún enemigo que odiase. "Lo tengo" dice el jefe. Así que Carnehan elige a los mejores hombres, y manda a los dos del Ejército a enseñarles instrucción, y al cabo de dos semanas los hombres maniobran tan bien como un cuerpo de voluntarios. Así que marcha con el jefe hacia una gran meseta en lo alto de una montaña, y los hombres del jefe atacan y toman un poblado, con nuestros tres Martinis disparando a bulto contra el enemigo. Así que también tomamos aquel poblado, y le doy al jefe un jirón de mi abrigo y le digo: "Ocúpalo hasta que vuelva", lo cual es de la Biblia. A modo de advertencia, cuando yo y el Ejército estábamos a unas mil ochocientas yardas, dejo caer una bala a su lado, de pie en la nieve, y todo el mundo se tira al suelo de bruces. Luego mando una carta a Dravot donde quiera que esté, tierra o mar.

A riesgo de hacer que aquella criatura perdiese el hilo, le interrumpí:

-¿Cómo podía escribir una carta desde allí?

-¿La carta? ¡Oh, la carta! Siga mirándome entre los ojos, por favor. Era una carta de cuerda parlante, que habíamos aprendido de un mendigo ciego en el Punjab.

Recuerdo que una vez vino a la redacción un hombre ciego con un palito nudoso y un trozo de cuerda que enrollaba en torno al palito según un código propio. Tras un lapso de horas o de días, podía repetir la frase que le había enrollado. El hombre había reducido el alfabeto a once sonidos elementales, y trató de enseñarme su método, pero no pude entenderlo.

-Le mandé esa carta a Dravot -dijo Carnehan-, y le dije que volviera porque su reino estaba creciendo demasiado como para que yo lo controlara, y luego me dirigí al primer valle, para ver cómo trabajaban los sacerdotes. El poblado que tomamos con el jefe lo llamaban Bashkai, y el primer poblado, Er-Heb. Los sacerdotes de Er-Heb lo estaban haciendo muy bien, pero tenían que enseñarme un montón de casos pendientes sobre las tierras, y algunos hombres de otro poblado habían estado disparando flechas por la noche. Busqué ese poblado, y disparé cuatro tiros desde unas mil yardas. Con eso gasté todos los cartuchos que quería gastar, y esperé a Dravot, que había estado fuera tres o cuatro meses, y mantuve a mi gente tranquila.

»Una mañana oí un ruido del diablo, tambores y cuernos, y Dan Dravot baja la colina con su Ejército y una cola de cientos de hombres y, lo más asombroso de todo, una enorme corona de oro en la cabeza. "Dios mío, Carnehan -dice Daniel-, este negocio es estupendo, y tenemos todo el país que vale la pena tener. ¡Soy el hijo de Alejandro y de la reina Semíramis, y tú eres mi hermano pequeño y también un dios! Es la cosa más grande que jamás hemos visto. He marchado al combate durante seis semanas con el Ejército, y cada insignificante aldea en cincuenta millas a la redonda se ha unido a él encantada; y todavía más, ¡tengo la clave de todo el espectáculo, como verás, y una corona para ti! Les dije que hicieran dos en un sitio llamado Shu, donde hay tanto oro en las rocas como sebo en la carne de cordero. Oro he visto, y turquesas he tirado de lo alto de los precipicios, y hay granates en las arenas del río, y aquí tienes un trozo de ámbar que un hombre me trajo. Llama a todos los sacerdotes y toma, coge tu corona."

»Uno de los hombres abre una bolsa de pelo negro, y saco la corona. Era demasiado pequeña y pesada, pero me la puse por aquello de la gloria. De oro batido era... cinco libras de peso, como el aro de un barril.

»-Peachey -dijo Dravot-, no nos hace falta seguir luchando. ¡El truco es la Orden, así que ayúdame! Y empuja hacia adelante a ese mismo jefe que yo dejé en Bashkai...- Billy Fish lo llamamos luego, de tanto como se parecía a Billy Fish, que conducía la locomotora en Mach-on-the-Bolan en los viejos tiempos. "Dale la mano", dice Dravot, y yo le di la mano y casi me fui al suelo, porque Billy Fish me dio el Apretón. No dije nada, pero usé el Apretón del Hermano en la Orden. Contesta perfectamente, y le di el Apretón de Maestre, pero no respondió. "¡Es un Hermano en la Orden! -le digo a Dan-. ¿Sabe la palabra?" "La sabe -dice Dan-, y todos los sacerdotes la conocen. ¡Es un milagro! Los jefes y los sacerdotes forman una Logia de Hermanos muy parecida a la nuestra, y han hecho las marcas en las rocas, pero no conocen el Tercer Grado, y han venido a aprenderlo. Tan verdad como la palabra de Dios. Durante todos estos largos años sabía que los afganos conocían el Grado de Hermanos en la Orden, pero esto es un milagro. Un Dios soy y un Gran Maestre en la Orden, y voy a formar una Logia de Tercer Grado, y ascenderemos a los sacerdotes y los jefes de los poblados."

»-Va contra todas las leyes -digo-, formar una Logia sin autorización de nadie; y tú sabes que nunca hemos oficiado en ninguna Logia.

»-Es una jugada política maestra -dice Dravot-. Significa gobernar el pais con tanta facilidad como va un carro de cuatro ruedas cuesta abajo. Ahora no podemos pararnos en preguntas, o se volverán contra nosotros. Tengo cuarenta jefes pisándome los talones, y según sus méritos van a ingresar y ascender. Aloja a estos hombres en los poblados y vamos a organizar algún tipo de Logia. El templo de Imbra servirá de Sala de Reuniones.

Tienes que enseñar a las mujeres a hacer mandiles. Daré una recepción para los jefes esta noche y mañana habrá Logia.

»Yo tenia mucho que hacer, pero no era tan tonto como para no ver la ventaja que nos daba este asunto de la Hermandad. Enseñé a las familias de los sacerdotes a hacer mandiles, pero en el de Dravot la orla azul y las marcas estaban hechas de trozos de turquesa sobre cuero blanco y no tela. La silla del Maestre era una enorme piedra cuadrada del templo, y había piedras más pequeñas para los oficiantes, y pintamos el negro empedrado con cuadrados blancos, e hicimos lo que pudimos para que todo fuera correcto.

»En el consejo que se celebró esa noche en la ladera de la colina, con grandes hogueras, Dravot anuncia que él y yo éramos dioses e hijos de Alejandro, y Grandes Maestres del Pasado en la Hermandad, y que había venido a hacer de Kafiristán un país donde todo hombre pudiera comer en paz, beber tranquilo y, especialmente, obedecernos. Luego los jefes se acercaron a darnos la ruano, y eran tan velludos y blancos y rubios que era como estrechar las manos de unos viejos amigos. Les dimos nombres según cuánto se parecían a hombres que habíamos conocido en la India: Billy Fish, Holly Dilworth, Pikky Kergan, éste era dueño de un bazar cuando yo estuve en Mhow, y etc., etc.

»Los milagros más asombrosos fueron en la Logia a la noche siguiente. Uno de los sacerdotes viejos no dejaba de mirarnos, y me sentí incómodo, porque sabía que teníamos que improvisar el ritual, y no sabía cuánto sabían los hombres. El sacerdote viejo era un extraño llegado de más allá del pueblo de Bashkai. En el momento en que Dravot se puso el mandil de Maestre que las muchachas habían hecho para él, el sacerdote se pone a chillar y a dar alaridos, y trata de volcar la piedra en la que Dravot estaba sentado. "Se acabó -digo-. ¡Esto nos pasa por entrometernos en la Hermandad sin autorización!" Dravot no pestañea, ni siquiera cuando los sacerdotes vuelcan la silla del Gran Maestre... o sea, la piedra de Imbra. El sacerdote empieza a frotar la base para limpiarla de manchas negras, y luego les enseña a todos los demás sacerdotes la Marca del Maestre, la misma que estaba en el mandil de Dravot, grabada en la piedra. Ni siquiera los sacerdotes del templo de Imbra sabían que estaba allí. El viejo se echa de bruces a los pies de Dravot y los besa. "Suerte otra vez -me dice Dravot sobre las cabezas de la Logia-; dicen que es la Marca Perdida de la que nadie entendía el porqué. Ahora estamos más que a salvo." Entonces da un golpe con la culata de su rifle como si fuera un mazo presidencial y dice: "¡En virtud de la autoridad que me ha sido conferida por mi propia mano derecha y la ayuda de Peachey, me declaro Gran Maestre de toda la francmasonería de Kafiristán en esta Logia Madre del país, y rey de Kafiristan junto con Peachey!" Y al decir esto se pone su corona y me pone la mía, yo estaba haciendo de Guardián Mayor, e inauguramos la Logia de la manera más liberal. ¡Fue un milagro asombroso! Los sacerdotes pasaron por los dos primeros grados sin apenas darse cuenta, como si empezaran a recordarlo todo. Después de eso, Peachey y Dravot ascendieron a los que valían la pena... sumos sacerdotes y jefes de los poblados lejanos. Billy Fish fue el primero, y puedo asegurarle que casi le hicimos morir de miedo. No tenía nada que ver con el Ritual, pero servía a nuestros propósitos. No ascendimos más que a diez de los hombres más importantes, porque no queríamos que el Grado se conviertiera * en algo común y corriente. Y ellos clamaban por el ascenso.

»-Dentro de seis meses -dice Dravot- tendremos otra Comunicación, y veremos cómo estáis trabajando. -Entonces les pregunta por sus poblados, y se entera de que estaban lu-

chando los unos contra los otros, y estaban hartos y cansados. Y cuando no, luchaban con los mahometanos.

»-Podéis luchar con ellos cuando vengan a nuestro país -dice Dravot-. Enviad al décimo hombre de vuestras tribus como guardián de frontera, y mandad doscientos a este valle para que los entrenemos. No volverán a matar de un tiro a nadie, ni a ensartarlo con una lanza, mientras lo haga bien, 'y se que no me traicionaréis, porque sois hombres blancos, hijos de Alejandro, y no ordinarios mahometanos negros. Sois mi pueblo -dice, volviendo al inglés al final-, ¡y por Dios que haré de vosotros una nación condenadamente magnífica, o moriré en el intento!

»No puedo hablar de todo lo que hicimos en los seis meses siguientes, porque Dravot hizo un montón de cosas que no entendí, y aprendió su jerga como yo nunca pude aprenderla. Mi trabajo era ayudar a la gente a arar la tierra, y de vez en cuando salir con parte del Ejército y ver qué hacían los otros poblados, y enseñarles a tender puentes de cuerda sobre los barrancos que dividen el país de un modo terrible. Dravot era muy amable conmigo, pero cuando caminaba arriba y abajo por el bosque de pinos mesando a dos manos esa maldita barba roja suya, sabia que estaba pensando en cosas sobre las que yo no podía darle consejos, y simplemente esperaba sus ordenes.

»Pero Dravot nunca me faltó al respeto delante de la gente. Tenían miedo de mí y del Ejército, pero adoraban a Dan. Era de lo más amigo de los sacerdotes y los jefes, pero cualquiera podía venir desde las colinas con una queja, y Dravot la escuchaba con imparcialidad, y reunía a cuatro sacerdotes y decía lo que había que hacer. Solía llamar a Billy Fish de Bashkai, y a Pikky Kergan de Shu, y a un viejo jefe al que llamábamos Kafuzelum, lo cual se parecía bastante a su verdadero nombre, y celebrábamos consejos con ellos cuando había que librar un combate en algún poblado. Esto era su Consejo de Guerra, y los cuatro sacerdotes de Bashkai, Khu, Khawak y Madora eran su Consejo - Privado. Entre todos ellos me mandaron, con cuarenta hombres y veinte rifles y sesenta hombres cargando turquesas, al país de Ghorband, a comprar rifles Martini hechos a mano que salen de los talleres del emir en Kabul, a comprárselos a los soldados de uno de los regimientos *Herati* del emir, que habrían vendido sus propios dientes por turquesas.

Me quedé un mes en Ghorband, y al gobernador le di lo mejor de mi cargamento por callar, y soborné con un poco más al coronel del regimiento, y entre los dos y la gente de las tribus conseguimos más de cien Martinis hechos a mano, cien buenos Kohat Jezail que disparaban a una distancia de seiscientas yardas, y cuarenta hombres cargados con una munición muy mala para los rifles. Volví con lo que tenía y lo repartí entre los hombres que los jefes me mandaron para que les enseñara instrucción. Dravot estaba demasiado ocupado para atender esas cosas, pero el viejo Ejército, el primero que hicimos, me ayudó, y formamos a quinientos hombres que podían enseñar instrucción, y a doscientos que sabían manejar un arma bastante bien. Incluso aquellas armas hechas a mano, que parecían sacacorchos, eran un milagro para ellos. Dravot no paraba de hablar de fábricas y tiendas de pólvora, y caminaba arriba y abajo por el bosque de pinos mientras llegaba el invierno.

»-No voy a hacer de ellos una nación -dice-. ¡Voy a hacer un imperio! Estos hombres no son negros, ¡son ingleses! Mira sus ojos, mira sus bocas. Mira la forma en que se tienen de pie. Y se sientan en sillas en sus propias casas. Son las Tribus Perdidas, o algo por el estilo, y han nacido para ser ingleses. En primavera voy a hacer un censo, si los sacerdotes no se asustan. Deben de haber sus buenos dos millones en estas colinas. Los po-

blados están llenos de niños. Dos millones de hombres... doscientos cincuenta mil guerreros... ¡y todos ingleses! Sólo necesitan rifles y un poco de entrenamiento. ¡Doscientos cincuenta mil hombres, listos para hacer picadillo el flanco derecho de Rusia cuando intente atacar la India! Peachey, amigo -dice, mascando mechones de barba- seremos emperadores. ¡Emperadores de la Tierra! El rajah Brocke será un niño de pecho a nuestro lado. Trataré con el virrey en términos de igual. Le pediré que me mande a doce ingleses elegidos con mucho cuidado, que yo haya oído hablar de ellos, para que nos ayuden a gobernar un poco. Está Mackray, sargento pensionista en Segowli..., me ha pagado sus buenas cenas, y su mujer un par de pantalones; está Donkin, el carcelero de la prisión de Tounghoo; hay cientos por los que pondría la mano en el fuego si estuviera en la India. El virrey lo hará por mí. Mandaré a un hombre a buscarlos cuando llegue la primavera, y escribiré a la Gran Logia pidiendo una dispensa por lo que he hecho como Gran Maestre. Sí, y todos los Snider que tiren a la basura cuando las tropas nativas de la India empiecen a usar Martinis. Estarán muy usados, pero servirán para luchar en estas colinas. Doce ingleses, cien mil Snider cruzando las tierras del emir por adarmes, yo me conformaría con veinte mil en un año, y cuando todo estuviera bajo control me arrodillaría y le ofrecería mi corona, esta que llevo ahora, a la reina Victoria, y ella diría: "Levantaos, sir Daniel Dravot". ¡Oh, es una gran cosa! ¡Te digo que es grande! Pero hay tanto que hacer en todos sitios... Bashkai, Khawak, Shu y todos los demás poblados.

»-¿Hacer qué? -digo-. Este otoño no vendrán más hombres para la instrucción. Mira esos nubarrones negros. Traen nieve.

»"No es eso -dice Daniel, cogiéndome del hombro con mucha fuerza-, y no quiero decir nada contra ti, porque ningún otro hombre en la tierra me habría seguido ni habría hecho de mí lo que soy como tú lo has hecho. Eres un comandante en jefe de primera clase, y el pueblo te conoce; pero... éste es un país grande, Peachey, y tu no puedes ayudarme como necesito que me ayuden.

»-Entonces acude a tus malditos sacerdotes! -digo, y lo sentí cuando lo dije, pero me ofendió mucho que Daniel se pusiera tan superior cuando yo había entrenado a todos los hombres, y hecho todo lo que me decía.

»-No nos peleemos, Peachey -dice Daniel sin maldecir-. Tú también eres un rey, y la mitad de este reino es tuya; ¿pero no ves, Peachey, que ahora necesitamos hombres. más listos que nosotros?... tres o cuatro para desparramarlos aquí y allá como representantes nuestros. Es un Estado tremendamente grande, y no siempre sé lo que debo hacer, y no tengo tiempo para todo lo que quiero hacer, y el invierno se nos echa encima de golpe.Se metió en la boca media barba, tan roja como el oro de su corona.

»-Lo siento, Daniel -digo yo-. He hecho todo lo que podía. He entrenado a los hombres y le he enseñado a la gente a amontonar mejor la avena; y he traído de Ghorband esos rifles de plomo... pero sé lo que quieres decir. Supongo que los reyes siempre sienten esa angustia.

»-Hay una cosa más -dice Dravot, andando de un lado a otro-. Va a empezar el invierno y esta gente no va a dar muchos problemas, y si los dan no podemos movernos. Quiero una esposa.

»-¡Por el amor de Dios, deja en paz a las mujeres! -digo-. Los dos tenemos todo el trabajo que podemos hacer, aunque yo soy un imbécil. Recuerda la Contrata, y déjate de mujeres.

»-La Contrata sólo duraba hasta que fuéramos reyes; y reyes hemos sido todos estos meses -dice Dravot, sopesando en la mano su corona-. Tú también tienes que elegir una esposa, Peachey... una chica buena, fuerte y rolliza, que te de calor en invierno. Son más bonitas que las chicas inglesas, y podemos elegir las mejores. Las hervimos una o dos veces en agua caliente y saldrán como pollo y jamón.

»-¡No me tientes! -digo-. No tendré ningún trato con mujeres hasta que no estemos condenadamente más establecidos que ahora. He estado haciendo el trabajo de dos hombres, y tú el trabajo de tres. Vamos a descansar un poco, y a ver si podemos conseguir mejor tabaco de tierra afgana, y traer un poco de alcohol del bueno, pero nada de mujeres.

»-¿Quién está hablando de mujeres? -dice Dravot-. He dicho esposa... una reina que engendre un hijo del rey. Una reina de la tribu más fuerte, que los convierta en nuestros hermanos de sangre, y que se acueste a tu lado y te cuente todo lo que la gente piensa de ti y de tus asuntos. Eso es lo que quiero.

»-¿Te acuerdas de aquella mujer bengalí que yo tenía en Mogul Serai, cuando era obrero del ferrocarril? -digo-. No me sirvió de nada. Me enseñó su jerga y una o dos cosas más; ¿y qué pasó? Se escapó con el criado del jefe de estación y la mitad de mi paga del mes. Luego apareció en Dadur Junction remolcando a un mestizo, y tuvo la frescura de decir que yo era su marido... iy encima en la caseta de control, delante de todos los maquinistas!

»-Eso es agua pasada -dice Dravot-. Estas mujeres son más blancas que tú y que yo, y he de tener una reina para los meses de invierno.

—Por última vez te lo pido, Daniel, no lo hagas -digo-. Sólo nos traerá desgracias. La Biblia dice que los reyes no deben malgastar sus fuerzas con mujeres, especialmente cuando tienen un reino nuevo y virgen ante ellos.

»-Por última vez te contesto que lo haré -dice Dravot, y se alejó entre los pinos como un gran diablo rojo, con el sol dándole en la corona y en la barba y todo eso.

»Pero conseguir una esposa no era tan fácil como Dan creía. Lo expuso en el Consejo, y no hubo respuesta hasta que Billy Fish dijo que mejor preguntara a las muchachas. Dravot los maldijo a todos. "¿Qué tengo de malo? -grita, de pie junto al ídolo Imbra-. ¿Acaso soy un perro, o es que no soy demasiado hombre para vuestras mujeres? ¿No he extendido la sombra de mi brazo sobre este país? ¿Quién detuvo la última incursión afgana?" En realidad fui yo, pero Dravot estaba demasiado enojado para recordarlo. "¿Quién os compró los rifles? ¿Quién reparó los puentes? ¿Quién es el Gran Maestre del signo grabado en la piedra?", dice, y con la mano golpea el bloque de piedra donde acostumbraba a sentarse en las Logias, y en los Consejos, que siempre se abrían como las Logias. Billy Fish no dijo nada y tampoco los demás. "No pierdas la cabeza, Dan -digo-; y pregunta a las muchachas. Así lo hacen en nuestro país, y esta gente es muy inglesa."

»-El matrimonio de un rey es una cuestión de Estado -dice Dan, rojo de rabia, porque se daba cuenta, creo, de que iba contra el sentido común. Salió de la sala del Consejo, y los demás se quedaron sentados, mirando al suelo.

»-Billy Fish -le digo al jefe de Bashkai-. ¿Cuál es el problema? Una respuesta sincera para un amigo de verdad.

»-Tú lo sabes -dice Billy Fish-. ¿Cómo puedo contarle algo, a quien lo sabe todo? ¿Cómo pueden casarse con dioses o diablos las hijas de los hombres? No es correcto.

»Recordé que en la Biblia había algo parecido; pero si después dé habernos visto durante tanto tiempo todavía creían que éramos dioses, no era cosa mía sacarlos de su error.

»-Un dios lo puede todo -digo-. Si el rey ama a una muchacha no la dejará morir. »-Tendrá que morir -dice Billy Fish-. Hay toda clase de dioses y de diablos en estas montañas, y de vez en cuando una muchacha se casa con uno de ellos y nunca más es vista. Además, vosotros dos conocéis la marca grabada en la piedra. Sólo los dioses la conocen. Creíamos que erais hombres hasta que vimos el signo del Maestre.

»Entonces deseé haberles explicado desde el principio que no conocíamos los genuinos secretos de un Maestre masón; pero no dije nada. Durante toda la noche sonaron los cuernos en un templo pequeño y oscuro a medio camino de la cima de la colina, y oí a una muchacha que lloraba como si la estuvieran matando. Uno de los sacerdotes nos contó que la estaban preparando para casarse con el rey.

»-No voy a aguantar tonterías como ésas -dice Dan-. No quiero interferir en vuestras costumbres, pero voy a tomar mujer. —Está un poco asustada -dice el sacerdote-. Cree que va a morir, y le están infundiendo ánimos en el templo.

»-Animadla con mucha ternura, entonces -dice Dan-, u os animaré yo a vosotros con la culata de un rifle hasta que no queráis que os animen nunca mas.

»Se pasó la lengua por los labios, quiero decir Dan, y estuvo andando más de media noche, pensando en la esposa que tendría por la mañana. Yo no estaba nada tranquilo, porque sabía que tratar con una mujer en tierras extrañas, aunque uno sea un rey veinte veces coronado, era inevitablemente peligroso. Me levanté muy temprano por la mañana, mientras Dravot seguía dormido, y vi a los sacerdotes que hablaban en susurros, y a los jefes también, y me miraron de reojo.

»-¿Qué pasa, Fish? -le digo al hombre de Bashkai, que estaba completamente envuelto en sus pieles y era una espléndida visión.

»-No estoy seguro -dice el-; pero si puedes lograr que el rey olvide toda esta locura nos harás un gran favor, a él y a mí.

»-Eso lo creo -digo-. Pero tú que has luchado contra y con nosotros, Billy, sabes tan bien como yo que el rey y yo no somos otra cosa que dos de los mejores hombres que Dios Todopoderoso hizo jamás. Y eso es todo, te lo aseguro.

»-Puede ser -dice Billy Fish-, y sin embargo lo sentiría si así fuera. -Deja caer la cabeza sobre sus pieles durante un minuto y piensa-. Rey -dice-, seas hombre o dios o diablo, voy a apoyarte hoy. Veinte de mis hombres están conmigo, y me seguirán. Iremos a Bashkai hasta que pase la tormenta.

»Por la noche había caído un poco de nieve, y todo estaba blanco excepto los mugrientos nubarrones que avanzaban desde el norte. Dravot salió con su corona en la cabeza, balanceando los brazos y pisando fuerte, y con cara de estar como unas pascuas.

»-Por última vez, déjalo, Dan -le digo en un susurro-. Billy Fish dice que habrá jaleo.

»-¿Entre mi gente? -dice Dravot-. Ni hablar. Peachey, eres tonto por no tomar una esposa tú también. ¿Dónde está la muchacha? -dice en voz tan alta como el rebuzno de un burro-. Llamad a todos los jefes y sacerdotes, y dejad que el emperador vea si su esposa le conviene.

»No hubo que llamar a nadie. Todos estaban allí, apoyados en los rifles y lanzas, entorno al claro en el centro del bosque de pinos. Un montón de sacerdotes bajaron al templo para traer a la chica, y los cuernos sonaron como si fuera para despertar a los muertos. Billy Fish se adelanta despacio, y se colocó tan cerca como pudo de Daniel, y

detrás sus veinte hombres, armados con mosquetes. Ninguno medía menos de seis pies. Yo estaba junto a Dravot, y detrás de mí había veinte hombres del Ejército regular. Y aquí llega la chica, y muy robusta que era, cubierta de plata y turquesas, pero blanca como la muerte; y volviendo la cabeza a cada momento para mirar a los sacerdotes.

»-Me parece bien -dice Dan, mirándola de arriba abajo-. ¿De qué tienes miedo, chiquilla? Ven y dame un beso. -La rodea con los brazos. Ella cierra los ojos, lanza un breve chillido y hunde la cabeza en un lado de la flameante barba de Dan.

-¡La muy puerca me ha mordido! -dice él, dándose una palmada en el cuello, y claro, la retiró roja de sangre. Billy Fish y dos de sus hombres cogen a Dan por los hombros y le arrastran entre los de Bashkai, mientras los sacerdotes aúllan en su jerga "¡Ni dios ni diablo, sino hombre!" Tuve que retroceder, porque un sacerdote me atacó de frente, y el Ejército, desde atrás, empezó a disparar contra los hombres de Bashkai.

»-¡Dios Todopoderoso! -dice Dan-. ¿Qué significa esto?

»-¡Vuelve! ¡Ven con nosotros! -dice Billy Fish-. Rebelión y ruina es lo que significa. Nos abriremos paso hasta Bashkai, si es que podemos.

»Intenté dar algunas órdenes a mis hombres, los hombres del Ejército regular, pero no sirvió de nada, así que apunté a sus cuerpos con un Martini inglés y derribé a tres en una fila. El valle estaba lleno de criaturas dando gritos y alaridos, y no había un alma que no chillara "¡Ni dios ni diablo, sino hombre!" Las tropas de Bashkai lucharon junto a Billy Fish lo mejor que podían, pero sus mosquetes no eran ni la mitad de buenos que los cargadores de recámara de Kabul, y cuatro hombres cayeron. Dan bramaba como un toro, porque estaba lleno de rabia; y a Billy Fish le costó mucho impedirle que se lanzara contra la muchedumbre.

»-No podemos resistir -dice Billy Fish-. ¡Corred valle abajo! Todos están contra nosotros.

»Los hombres de los mosquetes corrieron, y bajamos el valle a pesar de Dravot, que juraba de un modo espantoso y gritaba que era un rey. Los sacerdotes hicieron rodar grandes rocas hacia nosotros, y el Ejército regular no dejaba de disparar, y sólo seis hombres, sin contar a Dan, a Billy Fish y a mí, llegaron vivos al fondo del valle.

»Entonces dejaron de disparar, y los cuernos resonaron otra vez en el templo.

»-¡Huyamos de aquí, por el amor de Dios, huyamos! -dice Billy Fish-. Enviarán corredores a todos los poblados antes de que lleguemos a Bashkai. Puedo protegeros allí, pero ahora no puedo hacer nada.

»Yo opino que Dan empezó a volverse loco en ese momento. Miraba arriba y abajo como si lo hubieran clavado al suelo. Luego se empeñó en volver solo y matar a los sacerdotes con sus propias manos; y podía haberlo hecho.

»-Soy un emperador -dice Daniel-, y el año que viene seré un caballero de la reina.

»-Sí, Dan -digo yo-, pero ven ahora, mientras hay tiempo.

»-Es culpa tuya -dice él-, por no cuidar mejor de tu Ejército. Se preparaba una rebelión, y tú no lo sabías... ¡Tú, condenado maquinista, obrero de mierda, sabueso de misionario! -Se sentó en una roca y me llamó todos los sucios nombres que le venían a la cabeza. Yo estaba demasiado harto para que me importara, aunque fueron todas sus necedades las que provocaron la crisis.

»-Lo siento, Dan -digo-, pero nadie sabe mucho sobre los nativos. Este asunto es nuestro Cincuenta y Siete. Quizás todavía podamos hacer algo, cuando lleguemos a Bashkai:

»-Entonces vamos a Bashkai -dice Dan-. ¡Y por Dios que cuando vuelva aquí barreré este valle hasta que no quede ni una chinche en una manta!

»Caminamos durante todo el día, y durante toda la noche Dan paseó pesadamente por la nieve, arriba y abajo, mascando su barba y murmurando para sí.

»--No hay esperanzas de escapar -dice Billy Fish-. Los sacerdotes habtan enviado corredores a los poblados para decir que no sois más que hombres. ¿Por qué no seguisteis haciéndoos pasar por dioses hasta que las cosas estuvieran más tranquilas? Soy hombre muerto -dice Billy Fish, y se echa de bruces en la nieve y empieza a rezar a sus dioses.

»A la mañana siguiente llegamos a unas tierras crueles: todo subir y bajar, nada de llanuras, y ni sombra de comida. Los seis hombres de Bashkai miraron hambrientos a Billy Fish como si quisieran preguntar algo, pero no dijeron una palabra. A mediodía vimos la cima de una montaña chata y completamente cubierta de nieve, y cuando trepamos por ella, ¿qué pasó? ¡Pues que a medio camino esperaba un Ejército en posición!

»-Los corredores han sido muy rápidos -dice Billy Fish, dejando escapar una risita-. Nos están esperando.

»Tres o cuatro hombres empezaron a disparar desde las filas del enemigo, y una bala perdida alcanzó a Daniel en la pantorrilla. Eso le devolvió el juicio. Mira sobre la nieve hacia el Ejército, y ve los rifles que habíamos metido en el país.

»-Esto es el final -dice-. Esa gente es inglesa... y es mi maldita estupidez la que lo ha causado todo. Vuelve, Billy Fish, y llévate a tus hombres; has hecho lo que podías, y ahora tienes que irte. Carnehan -dice-, dame la mano y vete con Billy. Puede que no te maten. Yo iré solo a su encuentro. Fui yo el que hizo esto. ¡Yo, el rey!

»-¡Irme! -digo-. ¡Vete tú al infierno, Dan! Yo estoy contigo. Billy Fish, huye, y nosotros nos enfrentaremos a esa gente.

»-Soy un jefe -dice Billy Fish, con mucha calma-. Me quedo con vosotros. Mis hombres pueden irse.

»No tuvo que decirlo dos veces; los de Bashkai echaron a correr, y Dan y yo y Billy Fish avanzamos hacia donde tocaban los tambores y los cuernos. Hacía frío... un frío terrible. Tengo ese frío metido en la nuca. Sí, aquí tengo un pedazo de frío.

Los *coolies* encargados del *punkah* se habían ido a dormir. Dos lámparas de queroseno brillaban en la oficina: el sudor me corría por la frente, y salpicó el secante cuando me incliné. Carnehan estaba temblando, y temí que su mente mblara también. Me sequé la cara, cogí aq ellas manos lastimosamente destrozadas y dile:

-¿Qué pasó después?

El momentáneo movimiento de mis ojos había roto la clara corriente.

-¿Qué quiere decir? -gimió Carnehan-. Los cogieron sin hacer el menor ruido. Ni un solo susurro en toda aquella nieve, ni aunque el rey derribó al primer hombre que le puso las manos encima... ni aunque el viejo Peachey disparó su último cartucho contra ellos. Aquellos puercos no hicieron el menor de los ruidos. Simplemente nos cercaron cada vez más, y le aseguro que sus pieles apestaban. Había un hombre llamado Billy Fish, un buen amigo nuestro, y le cortaron el cuello, señor, entonces y allí mismo, como a un cerdo; y el rey le da una patada a la sangrienta nieve y dice: «Buen premio recibimos por nuestros esfuerzos. ¿Y ahora qué?» Pero Peachey, Peachey Taliaferro, se lo digo en confianza, señor, como entre dos amigos, perdió la cabeza, señor. No, no es eso. El rey perdió la cabeza, así que el también la perdió, en uno de esos ingeniosos puentes de cuerda. Por favor, déjeme coger el abrecartas, señor. Se inclinaba hacia este lado. Le hicieron

caminar una milla por la nieve hacia un puente de cuerda sobre un barranco, con un río allá al fondo. Puede que usted haya visto alguno así. Le aguijonearon como a un buey para que avanzara.

»-¡Malditos seáis! --dice el rey-. ¿Creéis que no puedo morir como un caballero? -Se vuelve hacia Peachey... Peachey, que estaba llorando como un niño-. Yo te he arrastrado a esto, Peachey -dice-. Hice que dejaras una vida feliz para que te maten en Kafiristán, siendo excomandante en jefe de las fuerzas del emperador. Di que me perdonas, Peachey.

»-Te perdono -dice Peachey-. De todo corazón y libremente te perdono, Dan.

»-Dame la mano, Peachey -dice él-. Tengo que irme.

»Y empieza a andar, sin mirar a derecha ni a izquierda, y cuando estaba justo en el centro de aquellas vertiginosas cuerdas que no dejaban de bailar, grita:

»-¡Cortad, piojosos!

»Y ellos cortan, y el viejo Dan cae, dando vueltas y vueltas y más vueltas, veinte mil millas, porque tardó media hora en caer hasta que se estrelló contra las aguas, y vi su cuerpo tendido en una roca con la corona de oro muy cerca de él.

»¿Pero sabe lo que le hicieron a Peachey entre dos pinos? Lo crucificaron, señor, como las manos de Peachey demostrarán. Usaron estacas de madera en sus pies y sus manos; y él no murió. Se quedó allí colgado y gritando, y lo bajaron al día siguiente, y dijeron que era un milagro que no estuviera muerto. Lo bajaron... pobre y viejo Peachey, que no les había hecho ningún daño... que no les había hecho ningún...

Se meció hacia delante y atrás y lloró amargamente, secándose los ojos con el dorso de aquellas manos marcadas y lamentándose como un niño durante cerca de diez minutos.

-Fueron lo bastante crueles como para darle de comer en el templo, porque dijeron que era más dios que el viejo Daniel, que sólo era un hombre. Después le sacaron a la nieve y le dijeron que se fuera a su casa, y Peachey volvió a su casa al cabo de un año, mendigando a salvo por los caminos; porque Daniel Dravot caminaba delante de él y le decía: «Venga, Peachey. Lo estamos haciendo muy bien». Las montañas bailaban por la noche, y las montañas intentaban caer sobre la cabeza de Peachey, pero Dan le llevaba de la mano, y Peachey avanzaba encorvado. Nunca soltó la mano de Dan, ni soltó la cabeza de Dan. Se la dieron de regalo en el templo, para recordarle que no volviera, y aunque la corona era de oro puro, y Peachey se moría de hambre, Peachey nunca la vendió. ¡Usted conoció a Dravot, señor! ¡Conoció a Su Alteza el Hermano Dravot! ¡Mírelo ahora!

Hurgó entre el montón de harapos que le rodeaban la doblada cintura; sacó una bolsa negra de pelo de caballo, bordada con hilo de plata, y la sacudió hasta que algo cayó sobre la mesa... ¡La seca y marchita cabeza de Daniel Dravot! El sol de la mañana, que llevaba un buen rato haciendo palidecer las lámparas, se reflejó en la barba roja y en los ojos ciegos y hundidos; se reflejó, también, en un pesado círculo de oro tachonado de turquesas sin pulir, que Carnehan colocó tiernamente sobre las magulladas sienes.

-Fíjese en esto -dijo Carnehan-. El emperador tal y como era cuando vivía... El rey de Kafiristan con su corona en la cabeza. ¡Pobre y viejo Daniel, que llegó a ser monarca!

Me estremecí, porque a pesar de lo desfigurada que estaba, reconocía la cabeza del hombre de Marwar Junction. Carnehan se levantó para irse. Intenté detenerle. No estaba en condiciones de salir a la calle.

-Déjeme llevarme el whisky, y déme un poco de dinero -dijo con voz entrecortada-. Una vez fui rey. Iré a ver al subcomisario y le pediré que me meta en un asilo para pobres

hasta que recobre la salud. No, gracias, no puedo esperar a que me pida un coche. Tengo asuntos privados muy urgentes, en el sur, en Marwar.

Salió de la oficina arrastrando los pies y se dirigió a la casa del subcomisario. A mediodía, con un calor cegador, tuve que bajar por el paseo, y vi a un hombre encorvado arrastrándose por el blanco polvo de la calle, con el sombrero en la mano, cantando con voz trémula y dolorida como uno de esos cantores callejeros de nuestro país. No había ni un alma a la vista, y hubiera sido imposible que le oyeran desde las casas. Y cantaba con voz nasal, volviendo la cabeza de derecha a izquierda:

«El Hijo del Hombre se marcha a la guerra
Para ganar una corona de oro;
Su bandera, roja como la sangre, ondea a lo lejos...
¿Quién le sigue los pasos?»

No esperé a oír más; metí al pobre diablo en mi coche y le llevé a casa del misionero más cercano, para que lo trasladaran definitivamente al asilo. Mientras estaba conmigo, sin reconocerme en absoluto, cantó su canción otras dos veces, y le dejé cantándosela al misionero.

Dos días más tarde le pregunté por el al encargado del asilo.

-Cuando llegó padecía una insolación. Murió ayer por la mañana temprano -dijo el encargado-. ¿Es cierto que estuvo durante media hora con la cabeza descubierta al sol del mediodía?

-Sí -dije-. ¿Por casualidad llevaba algo consigo cuando murió?

-No que yo sepa -dijo el encargado. Y así quedaron las cosas.